

¿Neodesarrollismo a la deriva en la Argentina? Hegemonía, proyecto de desarrollo y crisis transicional

Mariano Félix¹

Resumen

Comprender la naturaleza del nuevo proyecto hegemónico en conformación es clave para dar cuenta de sus posibilidades de garantizar, por un lado, la continuidad de un proyecto de desarrollo capitalista posible en la periferia –y cuáles serán sus posibles límites–; y por otro lado, para comprender si el mismo puede convertirse –de alguna manera– en alternativa para la satisfacción de las demandas, necesidades, proyectos y sueños de las clases populares. Abordaré este debate partiendo del análisis y la caracterización del proceso y el proyecto en sus dimensiones de economía política. Realizaré una reflexión sobre las bases y los presupuestos estructurales del proyecto hegemónico. Analizaré el cambio en la naturaleza y la acción de las políticas estatales en la medida en que contribuyen a construir un nuevo proyecto de las clases dominantes de matriz desarrollista. Daré cuenta de las articulaciones entre la base estructural y la nueva composición política de las clases, y de las contradicciones que de ello se desprenden. Y continuaré con una discusión en torno a la forma en que esas contradicciones se canalizan y componen un pasaje desde su conformación hasta una crisis transicional dentro del nuevo proyecto hegemónico. Esa crisis no pone en cuestión la naturaleza del proyecto capitalista posible, pero sugiere la necesidad de trascenderlo para poder conformar un verdadero proyecto del pueblo trabajador.

Introducción: ¿del infierno al paraíso?

La crisis del neoliberalismo en su etapa superior en la Argentina, en la convertibilidad, condujo a una violenta, compleja e incierta salida (Dinerstein, 2002). Como crisis orgánica, en el sentido de Gramsci (2004), esa salida impulsó la superación dialéctica del

¹ Es licenciado en Economía, magíster en Sociología Económica, doctor en Ciencias Sociales y doctor en Economía. Es profesor adjunto ordinario en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Es investigador adjunto del CONICET, del Centro de Investigaciones Geográficas, y del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IDIHCS), CONICET/UNLP. Ha publicado varios libros y artículos sobre temáticas vinculadas al desarrollo económico y la macroeconomía.

proyecto neoliberal, es decir, una reformulación caótica pero articulada que conformó los puntos de referencia para el tiempo por venir.

El estallido de las contradicciones más evidentes del proyecto neoliberal en su punto más alto (la década de los noventa; Félix, 2011) se tradujeron en la conformación de nuevas relaciones de valor que, enmarcadas en las dimensiones estructurales de un nuevo patrón de reproducción social, permitieron *a posteriori* conformar las bases de un nuevo proceso de valorización y acumulación exitosa del capital (Félix, 2015). Esas nuevas relaciones de valor “más justas para el capital”, parafraseando a Negri (1978), supusieron:

- La desvalorización del conjunto del capital variable, en especial de las fracciones más precarias de la fuerza de trabajo (Félix, 2011; Grigera y Eskenazi, 2013).
- El incremento en la plusvalía disponible y, por tanto, el salto consecuente en la tasa de explotación del trabajo (Félix, 2010).
- La desvalorización del conjunto del capital constante (en especial, de su porción fija), en términos de valor internacional (Félix, 2011).
- El aumento en la tasa de ganancia del capital productivo (Félix, 2010).
- El incremento en la masa de renta extraordinaria apropiable (Arceo y Rodríguez, 2006; Kennedy, 2014).
- La reorientación del plusvalor disponible en favor del capital productivo tanto industrial como extractivo, en desmedro del capital financiero y productivo en servicios (Félix y López, 2012).
- El desplazamiento del espacio de realización del valor hacia el mercado global y el consumo suntuario, en detrimento del consumo popular (Félix, 2014).

La crisis, como oportunidad para la reconducción del proceso de reproducción social sobre nuevas bases, pudo ser aprovechada por los nuevos actores dominantes para conformar un nuevo proyecto hegemónico capaz de valorizar las conclusiones y los resultados de la reestructuración regresiva neoliberal. En estas nuevas condiciones, el proceso de reproducción social del capital permitió encauzar productivamente la valorización del valor, conduciendo a un lustro de acumulación sostenida de capital y la recuperación parcial, desigual e insuficiente de las condiciones de reproducción material de la fuerza de trabajo: el crecimiento del PBI promedió el 8,8% anual en términos reales entre 2003 y 2007, mientras que los salarios reales de los trabajadores asalariados del sector privado formal aumentaron el 35,7% en total en ese mismo período (aunque en 2007 estaban solo un 15,9% por encima de su valor de 2001). Los años subsiguientes comenzarían a marcar los límites de esa nueva experiencia.

1. Bases y presupuestos para un nuevo proyecto hegemónico en la era del capital transnacional

El proyecto hegemónico que fue conformándose en el primer lustro de la nueva era se apoyó en dos elementos centrales. Por un lado, en las mencionadas condiciones iniciales creadas en la transición turbulenta desde el neoliberalismo. Esas nuevas condiciones permitieron relanzar la acumulación de capital.² Por otro lado, el nuevo proyecto se apoyó en las bases estructurales construidas a través del neoliberalismo y resultantes del éxito del proceso de reestructuración regresiva. Estas bases estructurales tienen dos pilares fundamentales. Primero, la precarización extensiva de la fuerza de trabajo y la consecuente superexplotación de la misma. Segundo, el extractivismo (saqueo de las riquezas naturales) como fuente de renta extraordinaria y proveedor de moneda mundial (divisas). Estos pilares se apoyan en la transversal transnacionalización del conjunto del ciclo del capital y en un desplazamiento tendencial de tipo estructural hacia una mayor integración del ciclo del capital local al subimperialismo brasilero (a escala regional) y al subimperio chino (a escala global).

1.1. Capitalismo periférico en la era de la transnacionalización del capital

La era neoliberal supuso a nivel global una reorientación de la correlación de fuerzas sociales en favor del gran capital de tendencia transnacional (Harvey, 2007), y para los países de la periferia supuso una modificación sustancial de su lugar en el mundo. La transnacionalización del capital es la superación dialéctica de su multinacionalización en la era fordista (Marini, 2007). En esta nueva etapa, la Argentina queda ubicada en un nuevo punto intermedio entre las históricas potencias imperiales del centro y los nuevos espacios subimperialistas que adquieren preeminencia en lo regional (Brasil en Sudamérica), y más recientemente en el sur global (esencialmente China, pero también la India). En esa transformación, la Argentina, como espacio nacional de valor, se recoloca como proveedor de materias primas (agropecuarias, pero también mineras y –potencialmente– hidrocarbúricas) y de manufacturas industriales de esos productos, bajo el control técnico-político del capital transnacional (Arceo, 2010). La contrapartida es la reproducción a escala ampliada de una forma de integración asimétrica y desigual, pues estos socios se convierten en proveedores privilegiados de manufacturas de variado nivel de elaboración (para el caso de China, ver Slipak, 2012).

Si bien esta situación parece reproducir la histórica inserción dependiente del país en la división internacional del trabajo (subordinado primero a Inglaterra, luego a Estados Unidos y Europa), la transnacionalización del capital producida a través del proceso neoliberal altera las determinaciones fundamentales de la articulación global. En la etapa actual, la división del trabajo opera no solo a través del comercio global entre naciones sino fundamentalmente a través de la integración del ciclo global del capital en sus diferentes

² Para una discusión más detallada de ese proceso transicional, ver Féliz y López (2012: 35-64).

fases componentes (D-M, M...p...M', M'-D'). De esta forma se produce la integración global de la fuerza de trabajo: la división del trabajo a escala global se realiza "al interior mismo" de la fuerza de trabajo (Marini, 2007). La irrupción de China y de la India en el mercado mundial capitalista aceleró esta tendencia. En estas condiciones, el comercio exterior del país es cada vez menos un intercambio entre naciones (espacios nacionales de valor) para operar de manera creciente como intercambio al interior de los capitales transnacionales bajo la apariencia de comercio intrafirma.³

1.2. Superexplotación del trabajo y la naturaleza

Estos procesos colocan, como consecuencia inmediata, a la superexplotación de la fuerza de trabajo y (el saqueo) de la naturaleza (riquezas naturales) como fundamento de la valorización y acumulación del capital en la Argentina (Kennedy, 2014; Feliz, 2014). En el caso de la superexplotación del trabajo, la misma ya no juega simplemente un papel como mecanismo para permitir la reproducción del capital productivo nacional local frente a la competencia en el comercio internacional del capital concentrado en los países centrales, como ocurría en la etapa desarrollista de industrialización sustitutiva de importaciones entre las décadas del cuarenta y el sesenta del siglo pasado (Marini, 2007). En ese momento, la superexplotación laboral era un mecanismo utilizado por el capital local para compensar la pérdida de plusvalía provocada en la competencia global a través del comercio (Marini, 1973). Ahora, la superexplotación actúa como precondition para la valorización de la fuerza de trabajo como parte de la porción variable del capital transnacional. Es decir, la competencia entre capitales locales se produce de manera creciente como competencia directa entre las fuerzas de trabajo nacionales (y las condiciones generales para su explotación a escala global) frente a la tradicional competencia comercial. De esta forma, la superexplotación extendida de la fuerza de trabajo opera como medio básico para la atracción del capital transnacional al territorio argentino. La superexplotación se transforma en condición misma de posibilidad de la producción de plusvalía (es decir, de la explotación *tout court*) en la periferia, y en particular en la Argentina, dentro de la órbita del capital transnacionalizado.

En paralelo, la superexplotación de la naturaleza replica en un nuevo contexto la tendencia histórica al saqueo de las riquezas naturales en los países de la periferia (Constantino, 2014). Sin embargo, en la era de la transnacionalización del capital, el saqueo de las riquezas naturales en la Argentina asume una forma ampliada, que se extiende más allá de las áreas y producciones tradicionales, para orientarse al monocultivo de soja por fuera de la zona núcleo de la pampa húmeda (Constantino, 2013) e incorporar la minería (Voces de Alerta, 2011) y, más recientemente –y aun prospectivamente– la producción de hidrocarburos. De esta manera, se amplían las fuentes de generación de renta extraordinaria y su magnitud relativa, algo potenciado por el crecimiento en los precios de las materias

³ Mientras que en la Argentina el comercio intraindustrial representaba el 35,94% del comercio total en 2007, el mismo alcanzaba niveles superiores al 60% en los principales países de la OECD (De Ciccio, 2010).

primas. En la etapa desarrollista, la renta extraordinaria se concentraba en propietarios nacionales poco integrados al ciclo local (o global) del capital. De allí que la disputa social por la apropiación de esa renta extraordinaria (y de las divisas en que se manifestaba) fuera históricamente la base de un profundo conflicto político. Por el contrario, en la etapa actual la integración transversal y transnacional del capital rentista local conduce a una mayor “difusión” de la renta extraordinaria al interior del conjunto del gran capital. La mayor integración entre los productores primarios de renta extraordinaria y las fracciones manufactureras del capital (en especial de las fracciones más ligadas a las manufacturas de productos primarios para la exportación) ha conducido a una mayor coincidencia entre las distintas fracciones de la clase dominante en torno al proyecto de desarrollo, obviamente sin anular sus contradicciones (Féiz, 2014c).

Las formas de la superexplotación integradas al ciclo del capital transnacionalizado conforman un proceso de producción, realización y apropiación de la plusvalía orientado al mercado global capitalista. Por un lado, la producción de mercancías “cargadas” de renta extraordinaria alimenta un proceso de acumulación extrovertido, de desarrollo capitalista “desde adentro” (Sunkel, 1991). Por otro lado, de manera complementaria la presión para la superexplotación laboral extendida tiende a comprimir de manera estructural la demanda agregada de los sectores populares y, por lo tanto, limita la producción de mercancías destinadas a satisfacerla.

Estas son las tendencias principales del capitalismo vernáculo en la era de la transnacionalización del capital, y es dentro de estos parámetros que se articuló el nuevo proyecto hegemónico. Ellos marcan los puntos de continuidad sustantivos y las claves diferenciales tanto con el proyecto neoliberal que lo antecedió como con el proyecto desarrollista histórico. A su vez, estos parámetros estructurales son fundantes de los límites que enfrenta el actual proyecto hegemónico como proyección estratégica de las clases dominantes, pero también como potencial alternativa para las clases populares. En tal sentido, como señalan Grigera y Eskenazi (2013: 168), el primer año de la salida de la convertibilidad fue esencial para la construcción del proyecto neodesarrollista, y por lo tanto es parte integral del mismo. Esto desmiente cualquier análisis que pretenda separar analítica e históricamente el gobierno de transición de Duhalde (2002-2003) de los años subsiguientes de consolidación (2003-2008), estancamiento y crisis transicional del proyecto (2008-2015) en el marco de los gobiernos kirchneristas.

2. Objetivos e instrumentos. Economía política del reformismo neodesarrollista

El proyecto hegemónico debió encontrar formas de canalizar las potencias productivas de capital construidas a través del neoliberalismo, con la dinámica de la lucha de clases que expresaba la oposición de proyectos sociales y un cambio en la composición política de las fuerzas en disputa. Sortear la crisis orgánica requería recomponer las condiciones para

la valorización del capital y, simultáneamente, canalizar y contener las demandas de las distintas fracciones de las clases subalternas.

El Estado, como forma social del capital, opera selectivamente frente a las demandas particulares de las distintas fracciones del capital y el trabajo (Jessop, 2008). Esa selectividad se produce de manera estructuralmente situada, de forma tal que las distintas fracciones del capital tienden a tener más capacidad (y necesidad) para operar en el espacio de las políticas macroeconómicas y de infraestructura económica, que son las que crean el marco propicio para la producción y la apropiación capitalistas del valor y el plusvalor. Por su parte, las distintas fracciones del pueblo trabajador tienden a tener capacidad para incidir a través de las políticas laborales y sociales, que son las que permiten dar una respuesta inmediata (aunque parcial y contradictoria) a las demandas populares (Féiz y López, 2012).

Es en ese marco que, a través del Estado, las fracciones hegemónicas dentro de las clases dominantes buscaron imponer una nueva política económica que permitiera reproducir de manera ampliada su posición dominante, a la vez que incluir en el bloque de poder – aunque de manera subordinada – a un conjunto de fracciones del capital no hegemónicas. En paralelo, las fuerzas populares, en una etapa de recomposición política, lograron – de manera parcial y sin capacidad hegemónica – imponer transformaciones sustantivas en ciertas esferas de las políticas públicas, favoreciendo cierta recuperación de las condiciones materiales de vida.

2.1. Hacia una macroeconomía para el neodesarrollo

En esa primera etapa, iniciada en 2002, los objetivos generales de las clases dominantes se canalizaron a través de una serie de objetivos parciales e instrumentales.

En primer lugar, la implementación de una política de tipo de cambio real elevado y estable (TCREE), con el fin de generar el marco macroeconómico que validara una más elevada tasa de ganancia para el conjunto del capital y creara una estructura de la demanda global que sostuviera la tendencia a la superexplotación de la fuerza de trabajo y la naturaleza. En términos de economía política, el “dólar caro” debía poder compatibilizar un nuevo proceso de valorización y acumulación (crecimiento) del capital en el nuevo marco estructural con la necesidad de desactivar las tensiones sociales creadas por la crisis del proyecto neoliberal. En tal sentido, Frenkel (2005) analiza los mecanismos a través de los cuales el tipo de cambio elevado y estable permitiría garantizar la recuperación del crecimiento y el empleo. Esta política fue acuñada oficialmente como “modelo de crecimiento con inclusión social” (Arroyo, 2004).

En segundo lugar, la implementación de una política monetaria y fiscal que permitiera propiciar una mayor apropiación productiva del plusvalor, de manera de complementar la política cambiaria. Por un lado, se avanzó en una estrategia para recolocar el endeudamiento público (y, en general, el endeudamiento) en un lugar que permitiera limitar su peso en el presupuesto y en el conjunto del ciclo del capital, de forma tal de garantizar su repago sin poner en riesgo la valorización del capital (Féiz, 2015). En este sentido, se

avanzó en la política de superávit fiscal basada en: a) renegociación de la deuda pública; b) congelamiento de los salarios de los trabajadores del Estado; y c) creación de un impuesto a un subconjunto de exportaciones generadoras de renta extraordinaria. En paralelo, se apuntaló una política monetaria que permitiera sostener bajas tasas de interés real. El objetivo era favorecer el desendeudamiento del conjunto del capital productivo a la vez que fortalecería los incentivos para la inversión en capital constante. La expectativa era que la menor tasa de interés junto a condiciones macroeconómicas más favorables a la acumulación productiva del capital indujeran un salto cuantitativo (y, eventualmente, cualitativo) en la inversión bruta interna fija (Bresser-Pereira, 2010).

2.2. Políticas sociolaborales y normalización conflictiva del conflicto social

Esta política macroeconómica permitió, al menos hasta mediados de 2008, a las nuevas fracciones dominantes del capital consolidar las condiciones para su valorización y acumulación sostenida. Sin embargo, fortalecer la hegemonía política de esas fracciones de clase suponía conformar un bloque en el poder que pudiera contener, aunque más no sea de manera parcial y subordinada, los intereses de fracciones relevantes de las clases populares. El crecimiento de la economía y del empleo asalariado coadyuvó en ese proceso de incorporación parcial. Sin embargo, la nueva composición política de las clases populares exigió una transformación mayor en las políticas estatales que permitiera una normalización conflictiva de sus demandas (Dinerstein, Deledicque y Contartese, 2008).⁴

La nueva composición política del pueblo trabajador involucraba al menos dos grandes fracciones dinámicas. Por un lado, una fracción de dimensiones variables y trayectorias diversas, que había nacido del seno del conjunto de las trabajadoras y los trabajadores desocupados, expulsados hacia los márgenes del sistema por el impacto de las diversas etapas de la reestructuración neoliberal (Svampa y Pereyra, 2003; Stratta y Barrera, 2009). A través de un ciclo de protesta iniciado ya en los primeros años de la década del noventa, las organizaciones piqueteras se convirtieron en un desafío para la configuración de un nuevo proyecto societal conducido por el capital transnacionalizado. Estas fracciones del pueblo nacieron por fuera de las instituciones, creadas a lo largo de casi un siglo de conformación de un Estado de bienestar periférico. Por ello, sus demandas y sus formas de disputa eran un desafío mayúsculo para el nuevo Estado posneoliberal en construcción. La desarticulación, contención y represión de estas organizaciones populares y de sus demandas más radicales fueron la prioridad en

⁴ Cuando hablamos de *composición política de la clase trabajadora* lo hacemos en el sentido propuesto por Cleaver (1992). Al igual que el concepto de *composición del capital*, el antes mencionado refiere a la organización del proceso (global) de producción. Mientras que este concepto refiere al dominio agregado del capital constante sobre el capital variable, la *composición de clase* refiere a la estructura de poder de clase existente dentro de la división del trabajo asociada con una particular organización de capital constante y variable (Cleaver, 1992: 113). Mientras que el capital busca estructurar una determinada *composición de clase* (es decir, una particular distribución del poder interclases e intraclase) que le permita controlar adecuadamente a la clase trabajadora para garantizar la acumulación, los trabajadores sistemáticamente enfrentan, rechazan y resisten ese control. Buscan así “recomponer” las estructuras y la distribución del poder, de manera de cambiar la correlación de fuerzas frente al capital (Cleaver, 1992: 114).

los primeros años de conformación de la nueva hegemonía. En una combinación variable de represión (sobre todo al inicio, con un pico en junio de 2002) y reformas parciales pero significativas en las políticas sociales, las fuerzas políticas en el poder del Estado (primero el gobierno de Eduardo Duhalde, luego el de Néstor Kirchner y más tarde el de Cristina Fernández) avanzaron en la integración parcial y precaria de estas fuerzas sociales.

La otra fuerza social disonante cuando cayó el proyecto neoliberal estaba encarnada por el movimiento obrero organizado y, en particular, por una nueva generación de activistas sindicales de base nacidos al calor del enfrentamiento contra el proceso de ajuste estructural. Sus demandas de recuperación salarial y una práctica de acción directa ponían en cuestión y presionaban a las cúpulas tradicionales de los sindicatos, quienes debieron buscar cómo canalizar esas exigencias dentro del marco de la institucionalidad vigente (Schneider, 2013). Esto implicó recuperar, desde las propias organizaciones sindicales, un conjunto de instituciones de negociación colectiva existentes (convenios colectivos de trabajo discutidos en negociaciones tripartitas con las empresas y el Estado), pero que durante la última etapa de la era neoliberal habían sido dejadas de lado por los propios sindicatos para evitar traducir en la letra de los convenios su debilidad estructural. En la nueva etapa, enmarcada en la recuperación y aceleración del crecimiento y el empleo asalariado y la caída en la tasa de desocupación, las organizaciones sindicales pudieron recuperar esos instrumentos históricos para desarrollar sus conflictos sin poner en riesgo su propia institucionalidad. Por otro lado, las propias empresas enfrentaban demandas obreras que entendían como desarticuladas, excesivas o desbordadas. De allí que, en el nuevo contexto, estos capitales y sus organizaciones representativas buscaran que desde el propio Estado se encauzaran. En una primera etapa, de mayor nivel de conflictividad, el kirchnerismo buscó canalizar las presiones desde abajo con una política general de subas unilaterales en los salarios mínimos y sumas fijas (Schneider, 2013: 108). En un contexto de limitada legitimidad real (habiendo salido segundo en la primera vuelta de las elecciones generales de abril de 2003 con el 22% de los votos válidos, y siendo elegido por la declinación de su competidor en la segunda vuelta), esta política tuvo un papel central como instrumento para consolidar a la fuerza política en el Estado. Progresivamente, la reapertura de la negociación paritaria permitió reemplazar esta acción aparentemente unilateral por una canalización institucional, fragmentada sectorialmente pero más articulada, de la conflictividad laboral. En paralelo, desde el Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social (MTESS) se apuntaló una política de represión de los conflictos con mayor capacidad disruptiva; en particular, aquellos liderados por colectivos de trabajadores menos encuadrados en la tradición nacional-popular de la fuerza política gobernante (Schneider, 2013: 109).

2.3. Nodesarrollismo: desarrollismo sui generis

En un sentido muy claro, este primer lustro posterior a la caída del proyecto neoliberal permitió conformar y consolidar un nuevo proyecto de desarrollo capitalista periférico en la Argentina. El mismo tenía, como apuntamos antes, una clara impronta desarro-

llista; pero habiendo nacido –en la era del capital transnacionalizado– de las cenizas –y la herencia– del neoliberalismo, se desarrolló como un proyecto sui géneris. El rasgo desarrollista se evidencia en varios niveles. A nivel discursivo, en la intención de orientar el proceso de acumulación de capital en torno al sector manufacturero –apuntalando un proceso de reindustrialización–, liderado por una renovada burguesía nacional. En el nivel de las políticas económicas, el impulso de una nueva modalidad de intervención estatal que intentara orientar el proceso de acumulación fundamentalmente a partir de la política macroeconómica ya analizada, acompañada de subsidios e inversiones en infraestructura. Estos elementos orientan el modelo canónico del neodesarrollismo según sus propios promotores (Curia, 2007).

La matriz desarrollista que permite rastrear el linaje del actual proyecto hegemónico presenta, por otra parte, innovaciones que reconocen (en general, implícitamente) algunas de las novedades de la época y omisiones que muestran sus límites más evidentes. Por el lado de las novedades, el proyecto neodesarrollista ya no abreva en el estructuralismo “clásico”, sino en una versión renovada, neoestructuralista, que puede sintetizarse en la “transformación productiva con equidad” de la CEPAL (Grigera, 2014). Este nuevo enfoque afirma la centralidad de la industrialización como instrumento articulador de un proyecto de desarrollo capitalista, aunque ahora propone la necesidad de buscar alguna manera de superar la histórica antinomia entre la producción primaria y la industria (Félez, 2014c). Si bien aún se reconoce que la economía argentina posee una estructura productiva desequilibrada (básicamente, alta productividad en la producción primaria en relación con la industria manufacturera; Diamand, 1972), se sostiene que dicha dicotomía debe y puede superarse. Para ello, cabría combinar el par política de dólar caro e impuestos a las exportaciones generadoras de renta (esencialmente, exportaciones primarias) con una política que promueva la competitividad general de la economía (subsidios, infraestructura, ciencia y técnica), apuntando a una suerte de integración productiva que permita realizar el pasaje desde la histórica estrategia desarrollista de desarrollo “hacia dentro” (industrialización sustitutiva de importaciones, ISI) hacia una estrategia de desarrollo “desde dentro” (Sunkel, 1991). Esta última estrategia permitiría aprovechar la abundancia de recursos naturales, industrializándolos, con destino privilegiado hacia la exportación.

Por otra parte, en esta nueva lectura de un proceso de desarrollo capitalista posible en la periferia, el nuevo desarrollismo vuelve a ubicar al Estado como agente fundamental en su promoción (Grigera, 2014; Félez, 2012). De todas maneras, haciendo mea culpa respecto a las limitaciones de la ISI y el lugar del Estado, este es ubicado ya no como actor primario del desarrollo (con control directo y privilegiado de áreas estratégicas) sino que aparece como proveedor de condiciones para la competitividad del capital en la arena mundial, como actor asociado al gran capital en el desarrollo de emprendimientos productivos estratégicos. En este respecto, más allá de un discurso de exacerbación de la burguesía nacional como agente privilegiado del proceso de desarrollo, en su conjunto la política estatal reconoce las demandas de las fracciones hegemónicas dentro de las clases dominantes: el gran capital transnacionalizado. En un proceso de creciente claridad, el Estado articula una política que

profundiza la internacionalización del capital en la Argentina consolidando una posición regional y globalmente subordinada.

Por último, las innovaciones en torno a las políticas sociales y laborales marcan un significativo quiebre con el desarrollismo. En efecto, en la etapa desarrollista –en la era del capital multinacional– se consolidó en la Argentina un patrón del Estado de bienestar periférico que tendía a privilegiar el acceso universal y de base amplia para un conjunto de derechos sociales y laborales. Si bien operaban con significativos niveles de fragmentación y parcialidad, la lógica detrás de los derechos sociolaborales era la de ampliar la cobertura dentro del marco de una situación de pleno empleo de la fuerza de trabajo y de integración por la vía del salario. Esta tendencia no era simplemente una imposición ideológica, sino la resultante en el Estado de un patrón de acumulación centrado en el mercado interno y de una correlación de fuerzas sociales que (al menos hasta comienzos de los años setenta) permitió al conjunto del pueblo trabajador imponer condiciones relativamente favorables de su reproducción social, aun si prevalecían situaciones de relativa superexplotación. En la etapa actual, el dominio del capital transnacional impone la superexplotación a escala ampliada de la fuerza de trabajo y la naturaleza, manteniendo al movimiento popular estructuralmente debilitado por las transformaciones de la era neoliberal. Sin embargo, la recomposición política heredada de las luchas contra el neoliberalismo ha forzado a las fuerzas políticas en el poder estatal a transformar su dimensión sociolaboral, de manera de integrar (aun de manera subordinada) las demandas populares en una nueva forma de Estado. De allí que pueda adjetivarse al proyecto neodesarrollista como “social” (Katz, 2014).

2.4. Estado, lucha de clases y neodesarrollismo

Comprender la conformación y el desenvolvimiento de este nuevo proyecto de neodesarrollismo social supone superar la interpretación neoestructuralista de la sociedad. Según ese enfoque, el Estado aparece como el gran componedor de las relaciones antagónicas en un proyecto societal que idealmente puede integrar los intereses de todas las clases sociales (Grigera, 2014). La idea de crecimiento más inclusión pretende ser la síntesis vernácula de ese ideal. Esa lectura supone una interpretación del Estado como agente privilegiado que opera por encima de la sociedad. Entendemos que, por el contrario, para comprender lo que ocurre es más productivo entender que el Estado es una forma social (es decir, como forma de la lucha de clases –Holloway–) y, por lo tanto, una forma del capital como relación social. Es decir, entendiendo a la sociedad y su dinámica como producto de la lucha de clases.

El Estado, como forma de la relación social de capital, tiende a reproducir las contradicciones de la misma y las canaliza, expresa e integra conflictivamente. Durante los años noventa, en particular en la primera mitad, la correlación de fuerzas sociales se había inclinado abiertamente a favor de la reestructuración regresiva impulsada por las nuevas fracciones dominantes. En efecto, el capital más concentrado y de tendencia transnacional logró imponer a través del Estado casi la totalidad del programa impulsado a escala inter-

nacional por el Consenso de Washington (Félez, 2005). Como bien señalan Bonnet y Piva (2014), un Estado fuerte pudo imponer el disciplinamiento del conjunto de las fracciones del capital y del pueblo trabajador al proyecto de la nueva fracción hegemónica. De esa manera, quedó plasmada la selectividad estratégica estructuralmente situada del Estado (Jessop, 2008). Por la vía de instituciones rígidas (convertibilidad monetaria, apertura unilateral, independencia del Banco Central) y de la represión abierta del conflicto social, las fracciones concentradas del capital transnacionalizado canalizaron su poder social en el Estado. Por su parte, un pueblo trabajador debilitado y descompuesto políticamente vio limitada su capacidad de traducir sus valores y demandas en políticas públicas, aun en aquellos espacios del Estado que estructuralmente suelen ser más permeables a las mismas (como la política laboral o la social).

Solo a través de la crisis del proyecto neoliberal comenzó a construirse un cambio en la orientación del proyecto societal. Esa crisis, que no fue una derrota del proyecto hegemónico como proyecto estratégico de las clases dominantes, creó el marco para la conformación de una nueva configuración hegemónica, con un nuevo bloque en el poder y una nueva forma de Estado. La misma se construyó sobre la herencia neoliberal e implicó la conformación de un Estado débil (Bonnet y Piva, 2014), mientras que las fuerzas sociales populares que emergieron a fines del siglo xx muestran mayor capacidad de articulación y disputa, si bien lejos estuvieron de alcanzar capacidad hegemónica (y por lo tanto, de cuestionar la dominación del capital).

Como señalamos, frente a una nueva composición política del pueblo trabajador el Estado se ve forzado a cambiar dando respuestas diferentes, en algún sentido más inclusivas, si bien aún esas respuestas se encuentran restringidas estructuralmente por la hegemonía de las fracciones transnacionales del capital. En efecto, el corto gobierno de Duhalde operó como límite superior a las posibilidades represivas del Estado (fuerte) neoliberal. La respuesta del pueblo organizado frente a la represión del 26 de junio de 2002 canceló esa vía. Por lo mismo, el Estado en la gestión kirchnerista pudo recuperar legitimidad alterando la configuración espacial (escala) y temporal del control social (represión), debiendo desplazar a su vez las bases de esa legitimidad hacia el mito del crecimiento con inclusión social. La nueva forma del Estado tuvo que tornarse más permeable a las demandas populares, en la medida en que las mismas fueran canalizables institucionalmente y no violentaran abiertamente las nuevas condiciones de la reproducción social del capital. Es decir, las reformas en las políticas sociales y laborales (espacio privilegiado estructuralmente para canalizar en el Estado las demandas populares) debieron reconocer tanto la nueva composición política del pueblo organizado como las condiciones estructurales de precariedad extendida (con su potencial impacto políticamente desestabilizador).

Como mostramos, esto supuso construir un nuevo modelo de seguridad social y de política laboral. El primero se basó en el nuevo paradigma del “universalismo básico” (beneficios amplios pero que no permiten superar la pobreza por ingresos), inspirado –y financiado– en las llamadas políticas sociales de segunda generación –apoyadas por los organismos internacionales de crédito (Molina, 2006)– como forma de superación de la

política social residual (por ejemplo, los planes trabajar iniciados en los años noventa). La transición se inició con el Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados (JJHD), creado a comienzos de 2002, y con la política de “inclusión previsional” iniciada en 2005, y alcanzó su punto más alto en la etapa con la creación de la Asignación Universal por Hijo (AUH), en 2008, y la última moratoria previsional, en 2014. En el plano de la política laboral, las innovaciones principales fueron la creación del programa de Reversión Productiva (REPRO) y la política de recuperación del salario mínimo, vital y móvil. Junto con la mencionada revitalización del espacio de las convenciones colectivas de trabajo, estas políticas permitieron ordenar la negociación salarial, conteniendo y canalizando la conflictividad laboral (Schneider, 2013).

3. Reforma, revolución, o cómo superar los límites del capitalismo periférico y dependiente

Desde 2008 el proyecto hegemónico comienza a mostrar marcadas fisuras, barreras crecientes y aspectos que comienzan a despuntar como límites. Estos límites se expresan tanto en la creciente dificultad de un particular proyecto hegemónico para reproducir las bases materiales (económicas, políticas, ideológicas) que lo constituyen en el marco del capitalismo periférico, como en las características propias de esa forma de reproducción social que tendencialmente conducen a la crisis. La crisis aparece así como la forma en la cual los procesos estructurales empujan a su propia superación dialéctica, y la modalidad por la cual las fracciones dominantes buscan canalizar las contradicciones sistémicas, de forma tal de reproducir su capacidad hegemónica.

“Estas tendencias (desequilibrios, vulnerabilidades) aparecen como barreras puesto que crean dificultades para un desarrollo suave pero no bloquean la valorización. Ellas resultan del esfuerzo contradictorio de las diferentes fracciones sociales para avanzar en sus propios objetivos de clase, y pueden ser superadas a través de la acción de los actores sociales y/o de las políticas públicas. Dado que las barreras pueden ser superadas dialécticamente, la acumulación de capital puede continuar aun si lo hace a un creciente costo (económico/político). La superación dialéctica de las barreras implica que sus efectos negativos en la acumulación de capital y la valorización son desplazados en tiempo y espacio. A menos que su contradicción fundante sea eliminada, la dislocación de la barrera será solo temporal. Un proyecto hegemónico exitoso debe poder desplazar y contener sus barreras dentro del marco creado por las relaciones sociopolíticas que lo fundan. Si por alguna razón las clases dominantes no logran manejar las contradicciones de su proyecto estratégico, las barreras pueden transformarse en límites actuales en alguna dimensión significativa del proyecto de desarrollo hegemónico. En ese caso, solo una crisis orgánica, la superación y la reconstitución de alianzas hegemónicas permitirá la constitución de un nuevo proyecto sociopolítico de desarrollo” (Féiz, 2015; traducción propia).

Estos procesos expresan, en síntesis, la forma en que las contradicciones reales que estructuran la sociedad, los proyectos y valores contrapuestos de los distintos actores de clase

comienzan a poner en cuestión, cuando no en crisis, las formas socialmente construidas para contenerlas y canalizarlas. Esas contradicciones se reproducen en formas sociales y se expresan en formas institucionales que operan en diferentes niveles. A nivel de la política macroeconómica, los instrumentos desarrollados se tornan insuficientes para canalizar las necesidades del conjunto de las fracciones dominantes del capital en el marco de una economía que permanece en una posición subordinada y dependiente en el ciclo global del capital. Esa posición subordinada implica, como señalamos, que el capital local debe replicar de manera ampliada los patrones de superexplotación de la fuerza de trabajo y la naturaleza como medio para su propia reproducción.^{5,6} De allí que las dificultades para sostener esos patrones en escala adecuada implique primero barreras y eventualmente límites al proceso de valorización y reproducción ampliada del capital. En particular, la política macroeconómica (básicamente, dólar caro más retenciones, tasas de interés bajas y superávit fiscal primario) debía permitir sostener en el tiempo esos patrones de superexplotación. Sin embargo, a partir de 2008 se hace evidente que las contradicciones del propio proceso de reproducción social tornan cada vez más difícil de satisfacer esas condiciones.

3.1. Barreras del neodesarrollo

Luego de una primera fase de expansión exitosa y redistribución parcial de valor a favor de las clases populares, las fracciones dominantes del gran capital comenzaron a buscar formas de neutralizar las presiones por la producción y apropiación del ingreso por parte de los sectores populares. Esto fue impulsado tanto a través de cambios en la política laboral en favor de la *moderación salarial* como de políticas de fijación de precios con tendencia inflacionaria. Lo primero opera a través del Estado como mediador para contener la presión salarial dentro de determinados “techos” que, acordes a la evolución de la productividad laboral, no presionen a corto plazo sobre la rentabilidad (Schneider, 2013). Lo segundo supone la acción descentralizada de los *capitales reguladores* (Shaikh, 1999), comúnmente conocidos como *formadores de precios*, que buscan contener las demandas salariales *excedentes* por la vía de la devaluación inflacionaria de la fuerza de trabajo. Las dificultades para contener institucionalmente las demandas obreras son canalizadas bajo

⁵ La más elevada rentabilidad del capital ha sido mantenida incrementando la apropiación de trabajo vivo a través del uso de empleo precario y superexplotado: en 2010, el 35,2% de todos los trabajadores asalariados (y más del 50% de los trabajadores asalariados en el sector privado) estaban empleados en condiciones precarias, es decir, sin los beneficios de la seguridad social (Féiz, 2015: 83). Esta situación se torna en una forma evidente de superexplotación: en 2009, el 42,3% de los trabajadores recibían salarios por debajo del salario mínimo (en 2003 este indicador alcanzaba solo al 32% de los trabajadores).

⁶ La existencia de capitales apropiadores de renta creó una masa significativa de plusvalor excedente en la presente década. El volumen de renta agraria saltó al 700%: de 1.288 millones de pesos constantes a más de 9.022 millones entre el período 1991-2001 y el período 2002-2004. Creció aún más en los años siguientes, mientras que también aumentó la extensión de la producción productora de renta (Féiz, 2015: 83). Algunas estimaciones indican que la renta agraria llegó a representar el 9,9% del ingreso agregado (PBI) en 2004 (Farina, 2005).

la forma de presiones inflacionarias que a mediano plazo conspiran contra el pilar básico de la política de dólar caro.⁷

La política de tasas de interés bajas y de financiarización general de las relaciones de producción y consumo debía apuntalar una recuperación de la inversión en capital fijo que eventualmente permitiera dar un salto cualitativo en la tasa y la calidad de la misma a favor de una mayor productividad y competitividad sistémica. Sin embargo, operaron diversos procesos que invalidaron tales objetivos. Primero, el proceso de acumulación inicial se conformó sobre la base de una capacidad ociosa excedente significativa que promovió un uso intensivo del capital fijo y extensivo del capital variable disponible. En segundo lugar, el desarrollo y la ampliación de actividades productoras de renta extraordinaria propiciaron la concentración del capital disponible en dichas actividades. Este proceso fue acentuado por la financiarización de las formas de gestión, producción y uso de dichas esferas: a) desarrollo de mecanismos financieros especulativos (derivados) para la fijación de precios; b) irrupción de formas del capital financiero en la organización de la producción de mercancías agropecuarias (por ejemplo, *pooles* de siembra); c) mercancías inmobiliarias (fondos fiduciarios de inversión inmobiliaria); y d) multiplicación de mecanismos de financiamiento del consumo popular (vía compañías financieras, tarjetas de crédito, etc.). Mientras que a partir de *a* y *b* la inversión en capital constante tiende a favorecer la ampliación de la producción y la apropiación de renta, la inversión inmobiliaria se canalizó fundamentalmente hacia la producción de valores de uso vinculados a patrones de consumo suntuario y la inversión financiera de las clases ociosas (por ejemplo, barrios privados, propiedades para alquiler o especulación, etc.). Por su parte, el crédito de consumo opera como mecanismo de compensación parcial de las tendencias a la superexplotación (y por lo tanto, a la contención salarial) y permite sostener niveles de consumo más elevados aun si sus ingresos por el empleo y la política social son insuficientes, aunque a costa de un endeudamiento creciente de parte de los hogares. Finalmente, la posición periférica y dependiente de la economía argentina tiende a bloquear la reinversión de utilidades (y por lo tanto, favorece su fuga hacia el ciclo global), pues el capital transnacional dominante concentra sus procesos de inversión en el centro de sus redes globales de producción.

Por su parte, la política fiscal empieza a encontrar barreras crecientes. Por un lado, la reestructuración de la deuda pública tiende a colocar nuevamente al capital financiero como actor privilegiado frente a la apropiación de fondos públicos. Por otro lado, frente a las limitaciones de la política de tipo de cambio elevado se hacen crecientes las demandas de fondos públicos para sostener la competitividad del capital local, en particular de sus

⁷ No está de más explicar que no es la presión salarial la que crea la inflación, sino que su fundamento está en la rigidez de la ganancia empresarial (Féiz, 2007) y la negativa del capital en avanzar en formas relativas de explotación del trabajo. La herencia neoliberal exacerba la rigidez de la ganancia por la enorme centralización y concentración del capital, la precarización exacerbada del uso de la fuerza de trabajo y la intensificación de la posición periférica en el ciclo global del capital. Según estimamos (Féiz, 2013), la tasa de ganancia media del gran capital pasó del 14,6% del capital circulante entre 2003 y 2007 al 13,9% entre 2008 y 2011, mientras que la inflación pasó del 11,2% al 21,7% respectivamente.

fracciones no rentistas o transnacionales. Esto opera a través de la expansión en la política de subsidios económicos fundamentalmente al transporte y la energía, que buscan contener los precios de servicios básicos (para limitar la presión sobre el tipo de cambio real) y limitar las presiones salariales (Bona, 2012). Por último, más allá de la expansión en los niveles de empleo en esa primera etapa, persisten condiciones generales de precarización de las condiciones de vida asociadas fundamentalmente a la limitación sistémica en el acceso a bienes y servicios básicos y a condiciones dignas de empleo. En este sentido, las necesidades de legitimación política del proyecto hegemónico requieren la ampliación fiscal de la base de las políticas sociales. Si bien por su propia impronta (universalismo básico) son apenas compensatorias e incapaces de desplazar a la pobreza como problema extendido, la universalización (aun parcial, limitada, fragmentada y discrecional) crea presiones adicionales sobre las finanzas públicas.

3.2. De la crisis global a la “sintonía fina”

Esas tensiones en la política macroeconómica, en sus diferentes dimensiones, se acrecentaron a partir de 2008, producto de un cambio en la coyuntura internacional. La crisis capitalista en los países centrales condicionó toda la segunda fase del nuevo proyecto, acelerando el desarrollo de ciertos límites y forzando cambios en la naturaleza del proyecto de desarrollo en construcción (Féiz, 2011b).

Por un lado, la caída en los precios internacionales de las mercancías de exportación argentinas, junto a la desaceleración general de la acumulación de capital en el centro, provocaron un deterioro en la capacidad de producción y apropiación de renta extraordinaria al interior del ciclo del capital local. Esta situación se hizo evidente con claridad en la batalla política de 2008 en torno al aumento en las retenciones a las exportaciones (Sartelli *et al.*, 2008). El deterioro de la tendencia de la demanda global favoreció la desaceleración y luego el estancamiento de la acumulación local de capital en un proyecto articulado en torno a la producción para el mercado externo. Por otro lado, frente a la crisis, el gran capital transnacionalizado que opera en el ciclo local del capital acentuó su tendencia estructural a la fuga de plusvalía, debido a la necesidad de centralizar y canalizar el valor generado globalmente en torno a su reestructuración general.

Las tensiones propias del proyecto hegemónico, tanto las vinculadas a las contradicciones internas como aquellas vinculadas al orden internacional, compusieron una presión creciente sobre sus pilares estructurales (Féiz, 2014b). Esto condujo a la necesidad sistémica de encarar un proceso de ajuste suave a los fines de intentar desplazar las barreras en tiempo y espacio, y crear oportunidades para profundizar el proyecto hegemónico. La presión sistémica se manifestó en una tendencia al freno en la inversión en capital fijo, la desacumulación de reservas internacionales y las dificultades crecientes para acceder al crédito internacional; la aceleración inflacionaria como mecanismo de apropiación interna del plusvalor. En el segundo quinquenio neodesarrollista las tasas de crecimiento promedio se redujeron a la mitad respecto de la etapa previa: el aumento medio del PBI cayó a solo

el 4,8% entre 2008 y 2013, con al menos dos años de crecimiento menor al 1%. Estas tendencias operan como un proceso *por encima de los actores* puesto que son el resultado de la acción no coordinada de los mismos.

“En una situación de creciente incertidumbre, los sectores dominantes moderan sus expectativas, limitan su inversión a pesar de su elevada rentabilidad y fugan los flujos de valor que pueden controlar. [...] A su vez, dichos sectores buscan ajustar las clavijas de sus procesos de producción y apropiación de valor restringiendo la contratación de fuerza de trabajo e intensificando el uso de la disponible, acrecentando el ritmo de la productividad e intentando limitar la apropiación de la misma por parte de su capital variable. La productividad del trabajo (en la industria) creció al 3,8% promedio anual entre 2003 y 2007, y dio un salto entre 2008 y 2012, período en el que aumentó al 6,1% promedio por año. Desde el Estado, las fuerzas políticas en su seno apuestan a una transición de ‘intensificación capitalista’ en el marco del mismo proyecto hegemónico neodesarrollista” (Féiz, 2013b).

Frente a esas tensiones –que reactualizan las tendencias a las crisis propias de la dinámica de la reproducción capitalista–, las fuerzas hegemónicas impulsan una profundización del proyecto de neodesarrollo de manera de seguir garantizando las condiciones de su hegemonía. Desde el Estado, las fuerzas políticas del kirchnerismo (como fuerza política dominante) despliegan una estrategia que busca desplazar y aplazar el estallido de las barreras y los límites del proyecto de desarrollo, buscando su propia reproducción en la conducción política del aparato estatal.

Para ello, deciden avanzar en varios niveles. Por un lado, aceptando la matriz de la estructura tributaria heredada del neoliberalismo y ampliando la base de recaudación por dos carriles. Primero, reapropiándose del conjunto del flujo de valor proveniente del sistema de la seguridad social, reestatizándolo. Esto permite contar con más recursos para afrontar la universalización básica del sistema, así como también contar con recursos excedentes para financiar al sector público. Esta ampliación de la política social lo que intenta es garantizar la continuidad de los niveles de consenso suficientes entre las clases populares en un marco de crecientes dificultades para garantizar tanto el crecimiento como la inclusión social por la vía del mercado.⁸ Segundo, recuperando ingresos fiscales por la modificación parcial del impuesto a las ganancias de la cuarta categoría (salarios) y aumentando la carga tributaria sobre un segmento creciente de la fracción más formalizada de la fuerza de trabajo.

Por otro lado, la ampliación de la base de recaudación sobre el mismo esquema fiscal es acompañada por una creciente flexibilización del régimen de gestión monetaria en favor de un Banco Central (BCRA) mejor articulado como actor privilegiado para el financiamiento

⁸ En este sentido, no compartimos la apreciación de Varesi (2013) en relación con el desarrollo de una tendencia de “radicalización progresista” en la segunda etapa del proyecto desarrollista actual. En realidad, la ampliación de la seguridad social es apenas una compensación que pretende sostener un marco de apoyos y alianzas dentro de los sectores populares y sus organizaciones. Más que “progresismo”, lo que esas intervenciones muestran es la incapacidad del proyecto hegemónico de incluir “por sí mismo” al conjunto de las clases populares y, a su vez, la necesidad de canalizar la potencial conflictividad social en un marco de precarización extendida y persistente de las condiciones materiales de vida.

del Estado y del conjunto del capital. Con la creación del Fondo de Desendeudamiento en 2009 y con la reforma de la Carta Orgánica del BCRA en 2012, desde el Estado fue completándose el camino para construir un Banco Central más adecuado a las demandas múltiples de los actores en disputa, demandas que ya no podían ser encorsetadas en un régimen monetario neoliberal. Además, la política cambiaria abandonó la estabilidad que privilegió durante el primer lustro para comenzar un camino de flotación progresiva y una estrategia de mayor control del mercado cambiario. Ello pretendió recuperar una mítica capacidad de fijación política de un tipo de cambio real elevado, prácticamente perdida desde un comienzo.

La combinación de la ampliación de la base fiscal y el cambio en la política monetaria buscaron articular una política económica de carácter expansivo compensatorio en un marco general de contracción.⁹ El objetivo era revalidar el modelo de *crecimiento con inclusión social* en un contexto más adverso. En esta nueva etapa política, acuñada a partir de fines de 2011 como de “sintonía fina”, propone, por un lado, la idea de *acelerador keynesiano* (Amico, 2008), que implica que una política de gasto creciente acompañada por una política de superávit fiscal es expansiva. Por otro lado, en el marco de una política tributaria con cambios limitados, la flexibilización normativa de la gestión del BCRA permitiría sostener una política de *finanzas funcionales* (Lerner, 1947), es decir, una política fiscal financiada de manera creciente con emisión monetaria (y endeudamiento intrasector público), algo sostenible puesto que la política es “exitosa” en términos de crecimiento. Si la política fiscal teóricamente expansiva es eficaz, las finanzas funcionales operan complementariamente con pocos efectos secundarios (como inflación más alta y una demanda exacerbada de moneda extranjera como inversión financiera).

En paralelo, fue necesario contener un creciente desequilibrio externo vinculado a presiones diversas centradas en la inserción dependiente. El aumento en la demanda de importaciones, la sangría provocada por la renegociación de la deuda y la caída en la demanda externa compusieron una barrera creciente. La demanda de importaciones tiene un componente vinculado a la dependencia estructural y otro componente ligado a las contradicciones de la política energética (y de subsidios). En primer lugar, la creciente demanda de mercancías de origen importado remite, por un lado, al lugar que la Argentina tiene en la lógica de la producción transnacional, que domina la oferta local con un elevado componente importado (tanto bajo la forma de armaduría como de mera venta de productos importados). Por otro lado, remite al elevado componente importado de la demanda de consumo de las clases dominantes, a la dependencia cultural, a la intención de esas fracciones de emular los patrones de consumo medios vigentes en el capitalismo central (Furtado, 1974), y se articula con una elevada concentración de la riqueza y del ingreso para componer una demanda de bienes de consumo importados (tanto en bienes como en servicios) excesiva para la capacidad de la propia economía periférica para generar divisas. En segundo lugar, la renegociación de la deuda pública, en especial su componente

⁹ Mientras que entre 2003 y 2007 el gasto público del Estado nacional aumentó el 81% en términos reales, entre 2007 y 2011 lo hizo el 124% (Féiz, 2015: 78).

externo, supone una sangría importante de dólares, exacerbada en la fase de estancamiento (Gambina y Ghio, 2015). Mientras que la renegociación de la deuda impaga consume –en muchos casos– volúmenes importantes de divisas (por ejemplo, el pago al FMI en 2006 por más de 9.000 millones de dólares), la misma renegociación restringe la posibilidad de acceso al crédito internacional. Por tal motivo, desde el Estado se impulsa una tendencia a la sustitución de acreedores privados externos por acreedores internos públicos como el BCRA, la Administración Nacional de la Seguridad Social (ANSES) y otros organismos estatales. A esta dinámica se suma el impacto de la estrategia energética, que a lo largo de la década resultó en una creciente sangría de divisas por la vía de la importación de energía. La política de contención de los precios de la energía acompañados de subsidios, en el marco de sostener la propiedad privada generalizada en la producción y la distribución, condujo a una crisis general de la matriz energética por falta de inversiones en exploración, desarrollo de alternativas y distribución.

3.3. Límites del proyecto neodesarrollista y su crisis transicional

Las contradicciones y tendencias generales propias del proyecto neodesarrollista son exacerbadas por la presión de la crisis global del capital a través de los canales de la articulación dependiente de la economía local. El resultado es que, a pesar de los intentos por superar esas barreras, el desplazamiento de las mismas en tiempo y espacio no logran superarlas como límites. Esto es, a pesar de haber evitado una crisis abierta del proyecto de desarrollo, la propia dinámica sistémica junto a la acción estatal no logran superar los límites que constituyen al propio proyecto.

En primer lugar, el objetivo reindustrializador propugnado como alternativa a la desindustrialización neoliberal se bloquea junto con sus esperados efectos derivados sobre las condiciones de vida. La reindustrialización aparente en los primeros años del nuevo siglo queda trunca: el valor agregado por la industria manufacturera representó entre 2002 y 2007 el 21,1% del PBI (en promedio), y cayó al 18,9% entre 2008 y 2012. La posición dependiente del capitalismo vernáculo en el ciclo global del capital transnacionalizado limita el desarrollo de un proceso de inversión sostenido y adecuado en cantidad y calidad. Esto se traduce en un límite inmediato en la capacidad de la industria manufacturera local para convertirse en articulador de un proyecto de desarrollo en el sentido estructuralista cepalino. En conclusión, la capacidad de incluir por la vía del empleo asalariado formal a través del desarrollo manufacturero se ve restringida, como también se ve limitada la recuperación de la apropiación popular de los ingresos: mientras que entre 2002 y 2007 se crearon en promedio 451.000 puestos de trabajo anuales (2,5 veces el ritmo de crecimiento anual de la población económicamente activa, PEA), en el último quinquenio ese ritmo se redujo a 128.000 puestos anuales (apenas por encima del crecimiento de la PEA). La inclusión por la vía del empleo se restringe en cantidad y calidad, en particular en el último lustro, y las políticas sociales de inclusión se enmarcan en esos límites, y carecen de potencia suficiente para garantizar niveles de

vida adecuados. En la segunda fase los salarios reales comienzan a estancarse aun para las fracciones más organizadas del movimiento obrero, frenando la recomposición de la participación de los trabajadores en el ingreso total, que desde 2007 mejora apenas marginalmente (Féiz, 2015: 81).

En segundo lugar, la voluntad de construir una nueva burguesía nacional como sujeto del proceso de desarrollo queda invalidada en la práctica y, de manera cada vez más clara, en la propia retórica, por la consolidación del capital transnacionalizado como agente activo del proyecto neodesarrollista. Si en la primera etapa se alimentó el sueño de la nueva burguesía argentina, en la segunda fase –agotada esa ilusión– se apuntaló cada vez con más claridad al gran capital globalizado como instrumento para la superación de las barreras mencionadas: el mismo es convocado para contribuir al desarrollo productivo en la faceta extractivista y manufacturera asociada, en el desarrollo de nueva infraestructura energética y tecnológica, y en la superación de las barreras de orden financiero. Para ello, se apuntalaron –de manera sucesiva– los instrumentos institucionales necesarios bajo la forma legislativa, planes de largo plazo y acuerdos de inversión y cooperación: entre otros, en 2012, el Plan Estratégico Industrial 2020 (PEI2020) y el Plan Estratégico Agroalimentario y Agroindustrial 2020 (PEAA2020); en 2014, el acuerdo entre YPF y Chevron para el desarrollo hidrocarburífero con técnicas de fractura hidráulica; y en 2015, el acuerdo con China en múltiples áreas.

Conclusiones preliminares

Un proyecto de nuevo desarrollismo se consolidó en la Argentina a la salida de la larga noche neoliberal. Esa salida –a través de una crisis orgánica– supuso recomponer el conjunto de las relaciones de valor, buscando hacer uso de las potencias existentes en la estructura social del capital en el espacio nacional de valor de la Argentina. Este nuevo proyecto se conformó en el marco de las transformaciones estructurales construidas a lo largo de más de tres décadas, en la reconfiguración de la lucha de clases a partir de una nueva composición política de la clase trabajadora, y en un marco internacional transformado por la irrupción de China, la apertura de un nuevo ciclo político en la región latinoamericana a partir del ascenso del chavismo al gobierno en Venezuela, y el estallido tardío de la crisis neoliberal en el centro.

El proyecto que fue instaurándose debió articular de manera simultánea dos elementos claves. Por un lado, conformar un plan de política económica que pudiera crear el marco macroeconómico para la reproducción ampliada de las fracciones del capital que habían emergido como hegemónicas entre las clases dominantes a la caída del proyecto neoliberal. Esas fracciones (gran capital transnacionalizado) requerían una política económica que permitiera ampliar la valorización de su capital sobre la base de la superexplotación extendida de la fuerza de trabajo y la naturaleza. Por otro lado, la consolidación del nuevo proyecto suponía la renovación del mito del desarrollo (en este caso, como *crecimiento con inclusión social*). Para ello se tornó indispensable la construc-

ción de un marco institucional que permitiera reincorporar y neutralizar a fracciones significativas del pueblo trabajador, en particular sus fracciones más conflictivas (como el núcleo más organizado del movimiento obrero y los movimientos de trabajadores desocupados). Ello se logró de manera parcial a través de la reactivación de las tradicionales instituciones laborales y la creación de una nueva infraestructura de políticas sociales de base amplia pero básica.

En la primera fase, el nuevo proyecto pudo consolidarse materialmente; consiguió estabilizar la tasa de ganancia en elevados niveles a la vez que ampliar la inclusión heterónoma sobre la base de empleo asalariado (ampliamente precarizado).¹⁰ Sin embargo, la fase iniciada en 2008 comenzó a marcar que las contradicciones propias del proyecto neodesarrollista en la Argentina debilitaban simultáneamente las posibilidades de continuar con el ciclo expansivo del capital (y, por lo tanto, con la reproducción ampliada de sus fracciones hegemónicas) y la capacidad sistémica de contener y canalizar productivamente –para el capital– las demandas de fracciones crecientes del pueblo que trabaja. En tal sentido, la radicalización reformista del kirchnerismo en esta segunda etapa tuvo un doble objetivo. Por un lado, inflar la demanda global en un intento por contrarrestar las tendencias deflacionarias causadas por el impacto de la crisis global y el estancamiento del consumo popular. Por otro lado, recrear las condiciones para una ampliación de las condiciones políticas de la hegemonía garantizando el consenso suficiente en torno al proyecto en marcha. La imposibilidad del kirchnerismo como fuerza política para superar los límites del proyecto hegemónico condujo a la profundización de sus contradicciones. El desarrollo de la política de “sintonía fina” acompañó la tendencia estructural de un ajuste suave, que llegó en 2014 a una desvalorización marcada del tipo de cambio y a un aumento en la tasa de interés, lo que produjo por primera vez, en más de una década, una caída sostenida de los salarios reales y, consecuentemente, del consumo popular. Luego de más de una década, la recuperación de ciertos estándares sociales se estancó en los mejores niveles de los años noventa, pero bastante lejos de las marcas históricas de los años setenta (Félez y López, 2012; Rougier y Schorr, 2012; Fernández y González, 2011): mientras que en 1974 la participación del trabajo en el ingreso alcanzó el 49,7%, en 2010 estaba aún en torno al 37,8%. En paralelo, la pobreza por ingresos estaba por debajo del 9% en 1974, mientras que en 2010 todavía incluía alrededor del 25% de la población (ATE-INDEC, 2012).

La “sintonía fina” transmuta en crisis transicional y radicalización del neodesarrollismo a medida que la creciente alienación de la base social de la hegemonía fragmenta a los actores de clase y a las fuerzas políticas. El resultado es la fragmentación del espectro político y el realineamiento progresivo de los principales actores. La alianza política en el poder (hoy liderada por el kirchnerismo), al registrar la incipiente metamorfosis, parece transformarse –aparentemente– dentro del mismo peronismo (“ese hecho maldito

¹⁰ Hablamos de *inserción heterónoma* pues la misma se basa en formas de trabajo y políticas públicas que presuponen (en potencia e intención) la anulación de la autonomía política del pueblo trabajador.

del país burgués”, parafraseando a J. W. Cooke). Por su parte, las fuerzas políticas de tendencia antisistémica apuran su apuesta organizativa con el objetivo de contribuir a que los sectores populares puedan convertir la crisis transicional en el neodesarrollismo en su crisis integral. Esto requeriría articular una fuerza social-política con capacidad de disputa hegemónica a los fines de conseguir que la crisis en el neodesarrollismo pueda dar lugar a una superación dialéctica, reapropiando su propia herencia pero reconfigurándola en un camino que permita trascender los límites del capitalismo periférico, superándolo. En esta situación, como siempre, solo la historia y la lucha resolverán la pregunta por el proyecto societal por venir.

Bibliografía

- Amico, F. (2008); “Argentina: diferencias entre el actual modelo de dólar alto y la convertibilidad”, en *Investigación Económica*, LXVII, 264, 63-93.
- Arceo, E. (2010); “América Latina. Los límites de un crecimiento exportador sin cambio estructural”, en Arceo, E. y Basualdo, E. (eds.), *Las condiciones de la crisis en América Latina. Inserción internacional y modalidades de acumulación*. Buenos Aires: CLACSO, 61-188.
- Arceo, N. y Rodríguez, J. (2006); “Agrarian Rent and Extraordinary Profits in Argentina, 1990-2003”, en *Realidad Económica*, 219, 76-98.
- Arroyo, D. (2004); “Ante el actual escenario latinoamericano. Hacia un nuevo modelo de desarrollo: crecimiento con inclusión social”, en *Sociedade em debate*, 10, 3, 135-147.
- ATE-INDEC (2012); “La manipulación de datos en el INDEC. Impacto en la medición de la pobreza y la indigencia” en *Documento de Trabajo*, 7, Septiembre.
- Bona, L. (2012); “Subsidios a sectores económicos en la Argentina de la posconvertibilidad. Interpretación desde una perspectiva de clase”, en Félix, M. et al. (eds.), *Más allá del individuo. Clases sociales, transformaciones económicas y políticas estatales en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Editorial El Colectivo, 103-124.
- Bonnet, A. y Piva, A. (2013); “Un análisis de los cambios en la forma de Estado en la posconvertibilidad”, en Grigera, J. (comp.), *Argentina después de la convertibilidad (2002-2011)*. Buenos Aires: Imago Mundi, 3-32.
- Bresser-Pereira, L. C. (2010); *Globalización y competencia: apuntes para una macroeconomía estructuralista del desarrollo*. Buenos Aires: Instituto Di Tella.
- Cleaver, H. (1992); “The inversion of class perspective in marxian theory. From valorisation to self-valorization”, en Bonefeld, W.; Gunn, R. y Psychopedis, K. (eds.), *Open Marxism. Vol. II*. Londres: Pluto Press.
- Colectivo “Voces de alerta” (2011); *15 mitos y realidades de la minería transnacional en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Herramienta/Editorial El Colectivo.
- Constantino, A. (2013); “¿Gatopardismo sojero? Los efectos de la bonanza sojera sobre el cambio estructural en Argentina y Brasil”, en *Nueva Sociedad*, 244.
- Constantino, A. (2014); “Land Grabbing in Latin America. Another Natural Resource Curse?”, en *Agrarian South: Journal of Political Economy*, 3, 17-43.

- Curia, Eduardo (2007); *Teoría del modelo de desarrollo de la Argentina: las condiciones para su continuidad*. Buenos Aires: Galerna.
- De Ciccio, J. A. (2010); “Características y determinantes del comercio intraindustrial argentino. Período 1992-2007”. Tesis de grado. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Diamand, M. (1972); “La estructura productiva desequilibrada argentina y el tipo de cambio”, en *Desarrollo Económico*, 12, 45.
- Dinerstein, A. C. (2002); “The Battle of Buenos Aires. Crisis, Insurrection and the Reinvention of Politics in Argentina”, en *Historical Materialism*, Vol. 10, 4, 5-38.
- Dinerstein, A. C.; Deledicque, L. M. y Contartese, D. (2008); “Notas de investigación sobre la innovación organizacional en entidades de trabajadores desocupados en la Argentina”, en *Realidad Económica*, 234, 50-79.
- Farina, J. (2005); “El concepto de renta: un análisis de su versión clásica y marxista. ¿Son aplicables a la Argentina actual?”, en VIII Reunión Economía Mundial.
- Féiz, M. (2005); “La reforma económica como instrumento de disciplinamiento social. La economía política de las políticas contra la pobreza y la desigualdad en Argentina durante los años noventa”, en Álvarez Leguizamón, S. (ed.), *Trabajo y producción de la pobreza en Latinoamérica y el Caribe: estructuras, discursos y actores*. Buenos Aires: CLACSO/CROP/CEDLA, 275-322.
- Féiz, M. (2007); “¿Hacia el neodesarrollismo en Argentina? De la reestructuración capitalista a su estabilización”, en *Anuario EDI*, 3, 68-81.
- Féiz, M. (2010); “The macroeconomic limits of income’s policy in a dependent country. The need and possibilities for radical reforms in social policies in Argentina after the crisis, 2001-2008”, en Puyana, A. y Ongwen Okuro, S. (comps.), *Strategies against poverty: Designs from the north and alternatives from the south*. Buenos Aires: CLACSO/CROP.
- Féiz, M. (2011); *Un estudio sobre la crisis en un país periférico. La economía argentina del crecimiento a la crisis, 1991-2002*. Buenos Aires: El Colectivo.
- Féiz, M. (2012); “Sin clase. Neodesarrollismo y neoestructuralismo en Argentina (2002-2011)”, en *Século XXI. Revista de Ciências Sociais*, 2, 2, 9-43.
- Féiz, M. (2013); “El neodesarrollismo en Argentina frente a sus límites. ¿De la consolidación a su intensificación?”, en *Anuario EDI*, 5, 55-65.
- Féiz, M. (2013b); “¿De la década perdida a la década ganada? Del auge y crisis del neoliberalismo al neodesarrollismo en crisis en Argentina”, en *Cuestiones de Sociología. Revista de Estudios Sociales*, 9, Número especial, Diciembre.
- Féiz, M. (2014); “Neo-developmentalism, Accumulation by Dispossession and International Rent. Argentina, 2003–2013”, en *International Critical Thought*, 4, 4, 499-509.
- Féiz, M. (2014b); “The Neo-developmental Alternative: Capitalist Crisis, Popular Movements, and Economic Development in Argentina since the 1990s”, en Spronk, S. J. y Webber, J. R. (eds.), *Crisis and Contradiction. Marxist Perspectives on Latin America in the Global Political Economy*. Brill, 52-72.
- Féiz, M. (2014c); “¿Podrá Argentina romper la trampa de la dependencia en el siglo XXI? Renta extraordinaria e industrialización en la era de la transnacionalización del capital”, en VII Jornadas de Economía Crítica, Octubre, La Plata.

- Félic, M. (2015); “Limits and Barriers of Neo-developmentalism: Lessons from the Argentinean Experience, 2003-2011”, en *Review of Radical Political Economics*, 47, 1, 70-89.
- Félic, M. y López, E. (2012); *Proyecto neodesarrollista en Argentina. ¿Modelo nacional-popular o nueva etapa en el desarrollo capitalista?* Buenos Aires: Editorial El Colectivo.
- Félic, M. (2011); “Neoliberalismos, neodesarrollismos y proyectos contrahegemónicos en Sudamérica”, en *Revista Astrolabio. Nueva época*, 7, 238-265.
- Fernández, A. L. y González, M. L. (2012); “La desigualdad en los ingresos laborales. Su evolución en la posconvertibilidad”, en *Apuntes para el Cambio*, 3.
- Frenkel, R. (2005); “Una política macroeconómica enfocada en el empleo y el crecimiento”, en *Revista de Trabajo*, 1, 1. Buenos Aires: Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social.
- Furtado, C. (1974); *El desarrollo económico: un mito*. 8.ª Edición. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Gambina, J. y Ghio, M. (2015); “Reporte especial sobre el estado de la deuda pública”, en *Reporte especial*, Febrero. Buenos Aires: Instituto de Estudios y Formación de la CTA Autónoma (IEF-CTA).
- Gramsci, A. (2004); *Antología*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Grigera, J. (2014); “Conspicuous silences: State and class in structuralist and neostructuralist thought”, en Spronk, S. J. y Webber, J. R. (eds.), *Crisis and Contradiction. Marxist Perspectives on Latin America in the Global Political Economy*. Brill, 193-210.
- Grigera, J. y Eskenazi, M. (2013); “Apuntes sobre la acumulación de capital durante la posconvertibilidad”, en Grigera, J. (comp.), *Argentina después de la convertibilidad (2002-2011)*. Buenos Aires: Imago Mundi, 165-194.
- Harvey, D. (2007); *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Ediciones Akal.
- Jessop, B. (2008); *State power. A strategic-relational approach*. Cambridge, Reino Unido: Polity Press.
- Katz, C. (2014); “Concepciones social-desarrollistas”, 13 de noviembre de 2014. Disponible en: <http://katz.lahaine.org/?p=240>.
- Kennedy, D. (2014); “Producción y apropiación del valor en Argentina: el rol del deprimido salario real”, en *Revista Problemas del Desarrollo*, 176, 45.
- Lerner, A. P. (1947); “Money as a creature of the state”, en *American Economic Review*, 37, 2, 312-317.
- Marini, R. M. (2007), “Proceso y tendencias de la globalización capitalista (1997)”, en Marini, R. M., *América Latina, dependencia y globalización*. Buenos Aires: CLACSO-Prometeo.
- Marini, R. M. (1973); “Dialéctica de la dependencia”, en Marini, R. M., *América Latina, dependencia y globalización*. Edición 2007. Buenos Aires: CLACSO-Prometeo.
- Molina, C. G. (ed.) (2006); *Universalismo básico. Una nueva política social para América Latina*. México D. F.: Editorial Planeta Mexicana, Banco Interamericano de Desarrollo.
- Negri, A. (1978); *Marx más allá de Marx*. Edición 2001. Madrid: Ediciones Akal.
- Rougier, M. y Schorr, M. (2012); *La industria en los cuatro peronismos. Estrategias, políticas y resultados*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

- Sartelli, E.; Harari, F.; Kabat, M.; Kornblihtt, J.; Baudino, V.; Dachevsky, F. y Sanz Cerbino, G. (2008); *Patrones en la ruta. El conflicto agrario y los enfrentamientos en el seno de la burguesía*. Buenos Aires: Ediciones RyR.
- Schneider, A. (2013); “Política laboral y protesta obrera durante la presidencia de Néstor Kirchner (2003-2007)”, en Grigera, J. (comp.), *Argentina después de la convertibilidad (2002-2011)*. Buenos Aires: Imago Mundi, 97-114.
- Shaikh, A. (1999); “Real Exchange Rates and the International Mobility of Capital”, en *Working Paper*, 265, Marzo. Nueva York: New School University.
- Slipak, A. M. (2012); “Revisitando a Prebisch en el Siglo XXI: un estudio de la relación sino-argentina”, en *Rebela*, 2, 2, 203-238.
- Stratta, F. y Barrera, M. (2009); *El tizón encendido. Protesta social, conflicto y territorio en la Argentina de la posdictadura*. Buenos Aires: Editorial El Colectivo.
- Sunkel, O. (comp.) (1991); *El desarrollo desde adentro. Un enfoque neoestructuralista para América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Svampa, M. y Pereyra, S. (2003); *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Varesi, G. A. (2013); “Modelo de acumulación, dinámica política y clases sociales en la Argentina posconvertibilidad”, en Grigera, J. (comp.), *Argentina después de la convertibilidad (2002-2011)*. Buenos Aires: Imago Mundi, 195-222.